

LIBREDON y COMPOSTELA

(ESTUDIO TOPONIMICO)

A mi maestro Dr. Moralejo

Por Luis MONTEGUDO

TENIA por finalidad este sencillo trabajo, no la de derrocar y herirán etimologías, pro uero de profundos estudios filológicos de célebres autoridades en la materia —aunque hoy acaso algo anticuadas—, sino simplemente a exponer a gran dato más a la ciencia filológica gallega y, en especial, a la historia de la ciudad de Apóstol, que es a la nuestra Galicia y parte esencial de la de España.

El método filológico en general usado por los investigadores del siglo pasado y principios de éste, trataba de adoptar el objeto de estudio a preconcebidas realidades que juzgaban inmutables; el resultado el mejor era positivo, si bien a costa de mostruosas extensiones del objeto estudio o, que lo desnaturalizaban, sacando todo con lineas proyectivas imaginativas.

La crítica moderna exige métodos más científicos. Si nos dispusiéramos a estudiar un topónimo ubicado en un castro no los debemos dejar de ver del prejuicio de que esa palabra tiene forzosa mente o que significar: fortificación, necrópolis, santuario druidico etcétera.

Los tiempos pasan y con ellos la lengua y, cubiertos de moho, los monumentos que algún día expresaron el modo de ser, de vivir o de pensar de una colectividad. No consideraban aquellos investigadores que los altorrelieves del templo atálico de Pérano, cumbre de la expresión trágico, estético, a habitar se servir de humildes mampuestos de una construcción bélica antes de su honrosa reivindicación en el Pergameno berlines; y que, al llegar tan lejos, junto al puente romano de la Cigarrasa, en Peña de Valdeorras, los ignaros campesinos están, desde el tiempo inmemorial, cavando sus viñas, con la táctica venia de autoridades que debieran atajarlo; encima de espaldados mosaicos, que nada tendrían que envidiar al de Toledo, muy similar; etc. etc. de alas...

El pueblo nunca fué arqueólogo, todo lo más podemos considerarlo como depositario de poéticas tradiciones y para eso no del todo fiel, pues con frecuencia las deturpa, o lo que es más triste y en nuestros momentos más notorio, las o vida. El campesino gallego nunca interpretó con criterio lógico ni científico lo que su legión levantaba en rozas y estivas. Ante nosotros mismos se tomó por un asunto con grandes orejas un hacha de talón del Bronce III con dos asas, y de estas confusiones, hijas de una pafante pero vilada imaginación, pudiéramos citar abundantes y curiosísimos casos.

De aquí que tanto el filólogo como el arqueólogo en Galicia debían decaer siempre desconfiados arqueológicos que a primera vista nos parece pudieran encerrar algunos nombres de lu-

gar rebeldes al bisturi investigador.

Por todo esto nuestro método en este estudio será diverso al criticado: primeramente estudiaremos en sí el objeto de investigación, luego lo sometemos a la piedra de toque de la realidad, después, allá al fondo permanecerá impasible la duda, triste y brumoso componente esencial de todo lo histórico y humano.

Y penetremos en la maraña, en la oscuridad, esto es: en la materia; a ver si una vez dentro logramos vislumbrar un camino y una lucecita por los que podamos salir, ilustrados, a la luz exterior de la verdad.

Advertimos que sólo un artículo de periódico y nuestra escasa memoria componen la bibliografía consultada; trataremos de suplirla con el sentido común.

A expresar el cerebro tocán.

Los nombres primitivos de la ciudad de Apóstol son Libredón y Compostela. Con el «Área marmórea» (los «marmoreis arcubus» de la Compostelana o las marmoreis lapidas de un documento de 1077) se indica solamente el sitio o templo donde estuvo enterrado el Apóstol hasta su descubrimiento en tiempos del obispo Teodomiro; y el topónimo Solova, conservado hasta hoy en la iglesia de S. Félix hace referencia a un terreno, cubierto acaso por un emparrado, al pie del cual estaba situado el célebre eremitorio del monje Pelagius.

Examinemos detenidamente el nombre de Libredón; a primera vista por su terminación se nos muestra como aumentativo; compárese p. e. o siguientes: Mouriscón, Esteirón, Ferreirón, Gorgullón, Lameirón, Gañdarón, etcétera, que no son sino aumentativos de Mourisca, Esteiro, Gorgullo, Lameira y Gañdara. Según nuestros estudios a veces este sufixo, ó en más exactamente un colectivo, un abundativo, denotando sitio donde abundan ciertas cosas (plantas determinadas, barro, humedad, etc.) Ahora bien el Libredón este sufixo —ón está sobre otro también muy copioso —edo (del lat. —etu), simplemente colectivo pero en especial referido a plantas y árboles: Abrodo, Abrufedo, Alledo, Carballeda, Carrasquedo, Cerceda, Castañedo, Espadafedo, Figueiredo y muchísimos más, los cuales no requieren explicación.

Pero hemos observado que este sufixo se «p» también para indicar colección de cosas que no son plantas, p. e.: Ferventedo (sitio donde hay ferventzas, calendas), Dorneda (costa donde existían dornas, pequeñas embarcaciones), Cotaredo (mo de varias cotas) Lamedá (lugar donde hay lama, fango), Osedo (lugar abundante en osos o huesos), Coruxedo (sitio donde hay coruxas), lechuzas) etc.

Ahora sólo nos queda la primera parte de la palabra del tema; Libre... sería de muy fácil derivación a primera vista, pero en etimología toponímica, va a ser difícil. En ningún topónimo de los muchos que hemos mencionado, hemos encontrado una composición semántica semejante a la de «Libertum Donum» de Compostela y otros documentos, sin duda una de tantas falsas latinizaciones.

De los dos sufixos señalados nos es permitido afirmar que Libredón; desde un sitio donde abunda significación por Libre... que creemos con bastante seguridad procede del latín lepore... (lebre). La — se explica, primero, porque el nombre se nos transmitió por documentos cultos, en que influye fuertemente la latinización «Libertum Donum», no por vía auditiva o popular, acaso el pueblo pronunciaría Libredón;

segundo por disimulación de las dos —e—, con influencia de la palabra libre; al olvidar el pueblo el origen de su significado.

De lo que aquí expuesto podemos inferir con alguna base, no exenta de dudas, de cierto atrevimiento, que Libredón significa sitio donde abundan mucho las lebres. Esto nada extraño es en Galicia donde hay tantos montes Libreiro, Lebreiro, Libureo y Lebreo, (e Libreiro de Cangas es precisamente un castro, como el Libredón compostelano).

Casualmente el poeta Marcial, pocos años después del sepelio del Apóstol, nos dice en su célebre epigrama X 37, refiriéndose a las ubérrimas tierras del «Galliales Oceanus»... Allí abajo más veces que seaban de ser retiradas de un abismo congado de peces retendrán las lebres en sus mallas todavía húmedas.

Los mismos documentos medievales nos hablan de que Libredón era un monte cubierto de espigas zarzas y arbustos frutíferos sylvarumque spissitudinis... coperta.

Si no, se resiente esta teoría de la falta de un documento de carácter popular en que constara la forma Libredón, sin embargo, además de las atenuantes expuestas, consúltese los dubs Libreiro y Libureiro, Lebreo y Libureo. Por otra parte, tampoco estaba de más la existencia de un topónimo Lebreo, sobre el cual se formaría el aumentativo intensivo Libredón, buscándolo con ahínco por todas partes a fin de encontrarlo escondido en



tre hutes ras cotas, como apellido, seguidamente supusimos que procedía de un topónimo, de un lugar donde abundaban lebres; en efecto, poco después halláramos la comprobación: en los concejos de Crañ y El Franco, en Asturias, hay sendos Lebreos.

Con todo, aún nos faltaba el caso paralelo clarísimo comprobante. En Galicia ya habíamos obtenido un Coruxo, Coruxedo (sitio donde hay coruxas lechuzas) y Coruxón, pero nos faltaba aún la clave: el Coruxedón, conteniendo los dos sufixos juntos, como Libredón. También tuvimos la fortuna de encontrarlo: en Galicia y Castilla abundan los topónimos Saeceda y Saecido (sitios creemos donde abunda el jaramago, la jurispera herba salax de Ovído), y en Guadalupe y Cuenca: Saecón y Saecobello. ¿Que más se puede pedir? Claro que algunos nos podrán



«Aguafuerte» de Compostela

objetos que el nombre Libredón era el que ya tenía el bosque a la llegada de los discípulos del Apóstol con el cuerpo de su Maestro; confesamos que si así fuera quedaría echada por tierra nuestra teoría, pues no se puede hablar de palabras ístinas en la Galicia céltica, máxime teniendo en cuenta que la romanización aquí no puede retrotraerse antes de la época de Trajano; mas, sinceramente, deseábamos de que los primeros documentos que describan el hecho apostólico sean ga-

En cuanto al topónimo Compostela, la penetración céltica de Amo; Ruibal, hace 38 años ya, lo dijo todo.

Contra la opinión de López Ferrero (que asienta a la etimología tradicional) y popular: Campus Stellae afirmó con sólida base que procedía de compostum o compostum, forma del verbo compositum, ya usado en latín clásico con el sentido traslativo de enterrar.

Compostela es, pues, una palabra derivada del participio sustantivado compostum más el sufixo abundativo —ía relativamente abundante, cf. de futuro: aristuisa, de liquor, lo quea, etc.

Última que el reciente descubrimiento de sepulcros, seguramente del siglo V o VI bajo el coro de la Catedral no se hubiera realizado en 1909 para que el illustre filólogo tuviera la satisfacción de apreciar por sus propios ojos que su teoría etimológica tenía parámetros comprobados en la Arqueología.

Solo nos resta aportar un dato más, cuya noticia debemos al incansable investigador compostelano don Jesús Carro. En la falda occidental del castro de Columbridos, cerca de Pomerada, existe una villa llamada Compostilla, antiguamente Compostella, con ruinas de una pequeña población, acaso romana. Con seguridad, su posición es el nombre y vista de la necrópolis correspondiente. Con todo no debemos de observar a fluctuación no sería, que encierra la —ll— de sufixo a cuya solución no descendemos por no complicar más este ya bastante complicado artículo.

Será muy interesante verificar indagaciones filológico-arqueológicas en esta Compostilla, así como en las Compostelas gallegas de Meaurio (Merca, Orense), Maná (Lobios, Orense) y Abencos (Melillo, Círuña).

Perdote el lector —si es que la realidad de alguno le permite— hasta sentir llegar —la interminable extensión de estas áridas notas, y sirvale de consuelo pensar como ya se dijo en Grecia hace muchos siglos, que más tiempo le levó al que las compuso, v... que a investigación nunca vistió de su a.